

## La “subjetividad neoliberal” como conciencia de clase. Una aproximación a la evolución de la conciencia obrera desde la crítica de la economía política

Jesús Rodríguez Rojo<sup>1</sup>

Recibido: 6 de junio de 2021 /Aceptado: 15 de octubre de 2022

**Resumen.** En los últimos tiempos asistimos, al menos en los países occidentales, al debilitamiento de los lazos de solidaridad que daban lugar a lo que ha venido denominándose “conciencia de clase”. Una redefinición de esta última categoría atendiendo a las determinaciones que la crítica de la economía política pone al descubierto nos lleva a pensar que, más que una desaparición, ha tenido lugar una mutación. El hecho de que los agentes clasistas, particularmente la clase trabajadora, no se reconozcan como clasistas es una consecuencia que resulta precisamente de su condición de miembros de una clase. Son diferentes mecanismos, entre los que destacamos las nuevas dinámicas de consumo, que les conciernen como tal los que les lleva a asumir la ideología que, desde las coordenadas foucaultianas, se ha denominado como “subjetividad neoliberal”.

**Palabras clave:** conciencia de clase, teoría marxista, neoliberalismo, crítica de la economía política.

### [En] The “neoliberal subjectivity” as class consciousness. An approach to the evolution of workers’ consciousness from the critique of political economy

**Abstract.** In recent times we have witnessed, at least in Western countries, the weakening of the bonds of solidarity that gave rise to what has come to be called “class consciousness”. A redefinition of the latter category in the light of the determinations uncovered by the critique of political economy leads us to think that, rather than a disappearance, a mutation has taken place. The fact that class agents, particularly the working class, do not recognise themselves as class agents is a consequence of the fact that they are members of a class. It is different mechanisms, among which we highlight the new dynamics of consumption, which concern them as such that lead them to assume the ideology which, from Foucauldian coordinates, has been called “neo-liberal subjectivity”.

**Keywords:** class consciousness, Marxist theory, neo-liberalism, critique of political economy.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Lo que hay tras el “pero”. La conciencia del productor de mercancías como atributo productivo. 3. El “pacto socialdemócrata” y el crecimiento del obrero colectivo. 3.1. El “pacto socialdemócrata” y el crecimiento del obrero colectivo. 3.2. La diferenciación de la clase trabajadora en el consumo de valores de uso. 4. Las razones de la conciencia neoliberal. 4.1. El cambio en las condiciones de acumulación y su forma política: la “revolución neoliberal”. 4.2. La transformación

---

<sup>1</sup> Universidad Pablo de Olavide. Departamento de sociología.  
[jrodroj@upo.es](mailto:jrodroj@upo.es)  
[jesusrojo@gmail.com](mailto:jesusrojo@gmail.com)

de la conciencia obrera bajo las nuevas condiciones de acumulación. 5. Conclusiones: la “subjetividad neoliberal” como conciencia de clase. 6. Bibliografía citada.

**Cómo citar:** Rodríguez Rojo, J. (2023). La “subjetividad neoliberal” como conciencia de clase. Una aproximación a la evolución de la conciencia obrera desde la crítica de la economía política, en *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 41(1), 139-155.

## 1. Introducción

Frecuentemente, más cerca de la desolación que del entusiasmo, del lamento que del jolgorio, fueron muchas las voces que allá por el último cuarto del siglo pasado certificaron el final de una “narrativa” muy particular, una que había gozado de un enorme potencial e importante prestigio hasta la fecha: la de clase. El marxismo, que había llegado a proveer de una gramática casi universal al menos a las ciencias sociales, pasó a quedar como el culto oficial de un modelo político en decadencia y, poco después, acabado. Quizás fue Foucault (1968: 256) quien con más prematuridad y mordacidad sintetizó un sentimiento que pronto sería hegemónico, aseverando que el “marxismo se encuentra en el pensamiento del siglo XIX como el pez en el agua, es decir, que en cualquier otra parte deja de respirar”. Incluso quienes se han resistido a aceptar esa sentencia se vieron obligados a reconocer y, lo que es más importante, tratar de explicar, la caída en desgracia de lo que podemos llamar el factor clasista. Mucho más cerca de los momentos en que escribimos estas líneas, el célebre marxista Terry Eagleton (2011: 158) enfatiza la capacidad del “capitalismo avanzado” para engendrar “imágenes engañosas de una supuesta ausencia de clases”. El cómo se genera, prolifera y cristaliza esta imagen, sin embargo, sigue suponiendo un reto para los epígonos de la crítica marxiana de la economía política. Un reto sobre el que trataremos de aportar algo de luz.

El presente artículo aspira a atender a las transformaciones del modo de producción capitalista que han provocado el colapso de los vínculos de solidaridad obreros y el advenimiento de lo que se ha venido a denominar como “sujeto neoliberal”. Para ello comenzaremos por regresar sobre algunas cuestiones directamente vinculadas a las determinaciones que operan sobre la conciencia como atributo productivo de carácter clasista. Tras esto, y como necesario preludeo a la discusión sustantiva, es necesario examinar la plasmación de las dinámicas internas del modo de producción capitalista tal y como incidieron sobre la conciencia obrera con anterioridad a la llegada del “neoliberalismo”. Por último, se abordará la discusión acerca de la subjetividad neoliberal a tenor de los cambios en el proceso de acumulación contemporánea y en diálogo con la corriente *foucaultiana*. Durante el camino, nos iremos apoyando en las grandes propuestas terminológicas del pensamiento sociológico –particularmente de las teorías de las clases– para ilustrar, a través de su recepción, las transformaciones acaecidas.

## 2. Lo que hay tras el “pero”. La conciencia del productor de mercancías como atributo productivo

En algunos de sus más divulgados fragmentos, Marx comienza por enfatizar la capacidad de agencia del ser humano para, acto seguido, añadirle un “pero” que la deter-

mina. Así ocurre en relación a la historia: “Los hombres hacen su propia historia, *pero* no la hacen a su voluntad, bajo condiciones elegidas por ellos mismos, sino bajo condiciones directamente existentes, dadas y heredadas” (Marx, 2015: 39, énfasis añadido). Algo muy similar había escrito poco antes, con Engels, sobre la conciencia: “Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., *pero* los hombres son reales y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de las fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde” (Marx y Engels, 2014: 21, énfasis añadido). En estas oraciones se manifiesta, en yuxtaposición, la contradicción que más adelante y hasta nuestros días se ha traducido en la conformación de dos tendencias diferenciadas en el marxismo. Por un lado, aquella que pone el acento en la capacidad de la humanidad de cambiar sus condiciones de existencia; por otro, aquella que destaca que son estas condiciones las que dan lugar a aquella capacidad. La “corriente cálida” y la “corriente fría”, como las llamara Bloch (2004: 252). Resolver el sentido preciso de ese “*pero*” –empresa que en su amplitud desborda los objetivos de este trabajo (para un desarrollo más amplio en ese sentido, véase Rodríguez Rojo, 2022)– exige, sin embargo, que las formulaciones se concreten históricamente<sup>2</sup>.

El Marx (1970: 37), ya más mayor, que formuló aquella otra máxima que rezara “No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario es la realidad la que determina su conciencia”, lo hacía ya en condiciones de poder otorgarle a estos enunciados un significado mucho más preciso. A fin de cuentas, el despliegue que tiene lugar en *El capital* atañe en gran medida a la mente del habitante de la sociedad capitalista; la cual se encuentra subordinada al modo en que se reproduce la vida en esas circunstancias. Con ello nos damos de bruces a examinar el conocido epígrafe sobre el fetichismo de la mercancía: el “carácter fetichista del mundo de las mercancías se origina [...] en la peculiar índole social del trabajo que produce mercancías”; y continúa: “Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son productos de trabajos privados ejercidos independientemente unos de otros” (Marx, 2017: 123-24). Si las mercancías adquieren ese carácter místico es porque en ellas se delega la coordinación del metabolismo social que otrora recayese en los vínculos de dependencia personal (Marx, 2017: 226). Gracias a eso se erigen como la relación social predominante, una en la que el individuo que las intercambia, cada uno de ellos, “se refleja a sí mismo como sujeto exclusivo y dominante”, a fin de cuentas, libre (Marx, 1971: 183; véase también Iñigo Carrera, 2007).

Tras introducir estas determinaciones más genéricas de la conciencia en la sociedad mercantil, Marx se detiene en un tipo de conciencia más específica, la del capitalista. Para ser esto último, no basta que una persona se vea como una persona libre, debe ejercitar esa libertad de una manera singular. Para este “vehículo consciente” del movimiento del capital, nos dice, el “contenido objetivo de [...] la] circulación –la valorización del valor– es su fin subjetivo, y solo en la medida en que la creciente apropiación de riqueza abstracta es el único motivo impulsor de sus operaciones, funciona como capitalista, o sea, como capital personificado” (Marx, 2017: 211-12). Más allá del dinero, un capitalista debe estar dotado de ciertos deseos y aspiraciones,

---

<sup>2</sup> En una carta –no por casualidad olvidada en muchos de los compendios del marxismo manualesco (p. ej. Marx y Engels, 1983)– Marx (2001) llega a afirmar que la única forma de poner en relación dos fenómenos es estudiando sus “formas de evolución y comparándolas luego, [...] pero nunca se llegará a ello mediante el pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica”

además, claro está, de ciertas cualificaciones, como requisitos para actuar en su condición. Idénticas palabras pueden decirse del obrero asalariado (o trabajador, términos que usaremos indistintamente).

Gran parte de las preocupaciones que mueven a Marx en sus investigaciones responden, por decirlo llanamente, a lo que el capital coloca en la cabeza del vendedor de fuerza de trabajo. Esto es especialmente patente cuando analiza el paso de la cooperación simple a la manufactura y de esta última a la gran industria (Marx, 2017, sección IV). El problema radicaba en desentrañar la manera en que el desarrollo capitalista ha condicionado el modo en que el obrero moldea su conciencia. El paso del taller manufacturero a la producción maquinizada involucró la supresión de las destrezas que conseguían ligar casi de por vida al operario a una tarea concreta, reduciendo a muchos empleados a la condición de engranajes reemplazables cuando no a recursos desechables por su abundancia; pero a la vez se “rasgó el velo que ocultaba a los hombres su propio proceso social de producción y que convertía los diversos ramos de la producción [...] en enigmas unos respecto a otros” (Marx, 2017: 568; para un desarrollo más pleno de este punto: Iñigo Carrera, 2013; Starosta, 2015). El hecho de que la mente del productor empiece a abrirse paso a través de la división social del trabajo resulta esencial a la hora del desarrollo de relaciones de solidaridad clasistas que –apareciendo como negación de la relación de competencia entre vendedores de fuerza de trabajo– a la postre son de vital importancia para la reproducción de la fuerza de trabajo (Starosta y Caligaris, 2017; Rodríguez Rojo, 2019). En esas condiciones, como explica Engels (Marx y Engels, 1976: 255), la “acción sindical” de “los obreros de todas las ramas” se vuelve una necesidad para “obtener, al menos de forma aproximada, el pleno valor de la fuerza de trabajo”.

A través de este recorrido llegamos a una noción de “conciencia de clase” francamente diferente a la que usualmente ha manejado el marxismo. Clásicamente, se ha usado esa expresión, ciertamente ambivalente, con dos significados distintos y conectados: para hacer referencia a la conciencia que muestra la clase en un momento y lugar, y para las situaciones en que esta última coincide con, y responde a, su “posición” e “intereses” (Lukács, 1985; Schaff, 1973). La materialización de este segundo sentido del concepto, elaborado en relación al estudio de los “tipos ideales de Weber”, como reconoce el propio Lukács (1985: 95), se debería derivar del primero mediante la praxis revolucionaria. “A través de esta lucha elemental, incesante, los trabajadores toman conciencia de sí mismos, del papel que juegan en la producción, de sus intereses como productores [...], toman conciencia de su identidad y de la de su adversario”, así lo disponía Weber (1975: 37), no el autor de *Economía y sociedad*, sino el destacado teórico marxista francés. En el camino hacia el reconocimiento de sus intereses, al proletariado se le interpondrían numerosos obstáculos, bien de carácter económico, dados por el origen de la riqueza que se apropian (Lenin, 1961; Emmanuel, 1971)<sup>3</sup>, bien de carácter ideológico, impuestos a través de multitud de mecanismos por la clase dominante (Althusser, 2014).

El problema principal de esta concepción radica, a nuestro juicio, más que en su excesivo “objetivismo”<sup>4</sup>, en que restringe el uso de la expresión “conciencia de cla-

<sup>3</sup> Un análisis crítico a la noción e implicaciones de “aristocracia obrera” escapa al interés del presente trabajo. En ese sentido puede verse Post (2013).

<sup>4</sup> Pese al inequívoco respaldo textual de esta propuesta en la obra marxiana (p. ej. Marx, 1973: 243; Marx y Engels, 2014 *passim.*), existían razones para plantear reticencias. Muchas de ellas fueron recogidas por Thompson

se” a una construcción ideal, una que al concretarse materialmente acostumbra a presentarse mancillada por las apariencias ideológicas. Esta queda atada indisolublemente a cierto tipo de relaciones de solidaridad que, en efecto, brotan de la condición de clase. Pero de ella misma surgen otras formas de conciencia igualmente genuinas que en este marco quedan reducidas a manipulaciones realizadas sobre una base pulcra y revolucionaria (o reaccionaria, en el caso de la burguesía). Al alinearse con los compañeros varones para impedir la entrada de las mujeres en los centros de trabajo, o al hacerlo con los nacionales para hacer lo propio con los extranjeros, se está respondiendo a determinaciones inherentes a la venta de la fuerza de trabajo. Es más, y como trataremos de demostrar a continuación, estos y otros vínculos de solidaridad pueden mostrarse negados precisamente por ellas mismas. Por ende, se apuesta por emplear la categoría en cuestión, no para hacer referencia a construcciones ideales apriorísticas, sino para denominar *a posteriori* el tipo de conciencia que está ligada a la condición de agente clasista. Para analizar cómo ocurre esto debemos aproximarnos a periodos históricos concretos.

### 3. La conciencia de clase durante la “edad dorada del capitalismo”

#### 3.1. El “pacto socialdemócrata” y el crecimiento del obrero colectivo

Durante el primer cuarto del siglo XX europeo, la lucha de clases acompañó un proceso de centralización del capital que, sin embargo, no se concretó en un ensanchamiento de la condición de ciudadanía<sup>5</sup>. Para ello hubo que esperar a la “época dorada” del capitalismo, años en los que se presenciaron de un modo aún más acuñante las dinámicas de concentración y centralización del capital. Creció consecutivamente la capacidad adquisitiva de la mayor parte de la población a la vez que el Estado se hacía con un protagonismo más y más destacado. Tal fue el calado de los cambios que incluso se llegó a popularizar la apariencia de que la competencia había tocado su fin de la mano del auge de las corporaciones y el despunte de la administración pública<sup>6</sup>.

En lo que concierne a las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, esta tuvo lugar de manera “relativamente indiferenciada” (Iñigo Carrera, 2013: 57). La población asalariada, junto al crecimiento en términos cuantitativos, aumentando entre un 10 y un 20% respecto a la población activa, hasta un 30 en el caso de Japón (Guerrero, 2006: 64), experimentó un desarrollo de sus atributos productivos en gran medida gracias a la extensión de los servicios públicos nacionales. La implantación

---

(2015: 94), que respondió: “ningún examen de determinaciones objetivas y, mucho menos, ningún modelo, que haga teoría de las mismas, puede llevar a la simple ecuación de una clase con conciencia de clase”. No obstante, su ulterior identificación entre clase y conciencia de clase y, con ello, su incapacidad de reconocer la existencia de clases sin conciencia de sí, le llevó a recibir sagaces réplicas por parte de sus correligionarios marxistas (cf. Anderson, 2012).

<sup>5</sup> En este periodo, el movimiento obrero, viéndose incapaz de grabar en las instituciones públicas los derechos que demandaban, acabó otorgándose los a través de sus propias organizaciones de masas. En este sentido, véase Domènech (2004).

<sup>6</sup> Eran los tiempos en que se popularizaron expresiones tales como el “capitalismo monopolista de Estado” (Cheprakov, 1966) o, simplemente, “capitalismo monopolista” (Baran y Sweezy, 1972) que trataban de reflejar, apoyándose en el legado leniniano, los cambios acaecidos.

de sistemas educativos universales con niveles superiores contribuyó a transformar decisivamente los atributos productivos de la clase trabajadora (Hirsch y Río, 2015) –algo que iba más allá de reproducir una cierta dominación ideológica–, lo que permitió el avance de la condición asalariada sobre muchas actividades antaño desdeñables o monopolizadas por el capitalista. El Estado formó obreros cualificados listos para, tanto en el sector público como en el privado, desarrollar e implementar todo tipo de decisiones, listos para conformar complejos organigramas con los que se atendía tanto a la cadena de mando como a las necesidades “de apoyo” (véase el clásico Mintzberg, 1990). Todos los trabajadores, desde los que desempeñaban funciones más o menos mecánicas hasta los dedicados a tareas intelectuales, vieron no solo incrementado su currículo educativo, sino también más atendidas, entre otras, sus necesidades sanitarias. La expresión política de todo esto fue el famoso “pacto socialdemócrata” (Przeworski, 1986), que fue auspiciado por un auge de la lucha de clases, la cual se expresaba también a través de una coyuntura internacional marcada por la guerra fría.

Esto acarreó todo un terremoto en la teoría económico-sociológica de la época, que de forma masiva percibió el fenómeno como el ascenso de una “nueva clase”. Lo que Djilas (1957) quiso poner de manifiesto para el modelo soviético, otros lo extendieron a Occidente. Se empezó a constatar que una constelación de gerentes, políticos e intelectuales asumían, sin necesidad de detentar grandes propiedades, cuotas de poder cada vez mayores (véase, por ejemplo: Burnham, 1967; Galbraith, 1967; Gouldner, 1980; Touraine, 1971). No dejaba de ser irónico, como nos dan a entender Duménil y Levy (2000: 71), que investigadores muy distantes del marxismo empezaran a ver peligrar la centralidad de la propiedad privada no tanto por el embate de hordas proletarias, sino por un mucho más sutil y apacible avance de los *managers*.

Ante esta evolución, los teóricos de las clases sociales se aferraron a las variables que parecían marcar la diferencia, aquellas que atendían al poder o la dominación (cf. Dahrendorf, 1979; Lenski, 1969). Incluso el pensamiento de inspiración marxista fue desplazando su foco de interés hacia ese eje. La tónica general consistió en sumarse a la identificación de una nueva capa, fracción o clase, para la que se acuñaron abundantes conceptos tratando de explorar diferentes matices o contenidos; algunos de ellos fueron: “nueva pequeña burguesía” (Cerase y Calvosa, 1980; Poulantzas, 2005), “trabajadores de cuello blanco” (Wright Mills, 1972), “trabajadores científicos y técnicos” (Lacalle, 1976), “posiciones contradictorias” (Wright, 1983), “profesionales” (Serrano, 1982), “clase profesional-directiva” (Ehrenreich y Ehrenreich, 1979) o, simplemente, “nueva clase media” (Braverman, 1974; Carchedi, 1977). La importancia de la propiedad, que había sido la variable de referencia para el marxismo, quedó de fondo, restringida al análisis de un modo de producción capitalista “puro”, y no tanto de la “formación social” que se examinaba. So pretexto de complejizar el análisis para dar cuenta de diferentes comportamientos, se le fueron endosando nuevas variables, muchas de ellas continuas, a la noción de clase (vid. Rodríguez Rojo, 2022). Esta cuestión no pasó desapercibida a los críticos. Pocos años después de que Bottomore (1976) reconociese orgullosamente la hibridación entre el pensamiento marxista y otras corrientes de la sociología, sería Parkin (1984: 44) quien con mayor sarcasmo pondría al descubierto que la absorción por parte de la teoría marxista de conceptos weberianos como el de autoridad “constituye un gracioso tributo a las virtudes de la sociología burguesa”.

### 3.2. La diferenciación de la clase trabajadora en el consumo de valores de uso

El hecho es que había poderosas razones para cuestionarse la pertenencia de este grupo a la clase obrera. El más destacable tiene que ver con su “identidad”. Al contrario de lo previsto por Mallet (1968) y otros, los cuadros no avanzaron hacia posiciones obreristas. Pronto, tanto desde posiciones próximas al marxismo (Lojkin, 1988), como desde sus antípodas (Bell, 1976), se reconoció que eran pocos los técnicos que se adscribían a la clase trabajadora. Aquí entra en juego la determinación de la conciencia obrera por el capital. Entre las funciones que adquiere el obrero colectivo podrían destacarse aquellas que involucran control y coacción sobre la plantilla, para cuyo ejercicio resulta fundamental que se hayan difuminado las relaciones de solidaridad clasistas. Aunque estos lazos mantuvieron cierto vigor –en relación a lo que se avecinaba–, se vieron muy cuestionadas en los órganos dados a estas tareas pues, insistimos, para poder ejercer la autoridad que en ellos se delega, deben atenuar los lazos que los podrían hacer sentir parte del mismo grupo que aquellos bajo su comando o tutela (esta es, precisamente, una de las más importantes características de la “clase de servicio” según Goldthorpe, 1992). Del mismo modo que el antidisturbios no puede experimentar relaciones de solidaridad con el manifestante, el obrero a cargo de los recursos humanos no puede sentirlos por los demás asalariados<sup>7</sup>. Por contra, quienes son tutelados, si pretenden arrancar al capital el valor de su fuerza de trabajo, deben estar impedidos para solidarizarse con sus superiores. Todo ello requiere de la acción de una serie de dinámicas implantadas más allá de los procesos de producción, que permeen los valores de uso a través de cuyo consumo se reproduce su fuerza de trabajo; el cual “se encuentra cualitativa y cuantitativamente determinado en consecuencia” (Íñigo Carrera, 2013: 58; Starosta y Fitzsimons, 2018)<sup>8</sup>. No solo el cuánto se gana<sup>9</sup>, también el en qué se emplea queda a disposición plena del capital.

Durante el periodo que analizamos lo que se produjo fue un incremento más o menos sostenido de la capacidad de consumo general que vino acompañada del surgimiento de nuevas necesidades. Pero estas apetencias resultaron ser tan dispares como la posibilidad de acceso a ellas. Esta evidencia llevó al surgimiento de todo un conjunto de estudios que se dedicaron a problematizar el tiempo libre, llevándolo más allá del simple descanso y del esparcimiento. Para inicios de la década de 1970 ya se había fraguado toda una teoría social del ocio y del consumo decidida a indagar tras las nuevas pautas (cf. Lanfant, 1978). Una parte de ella, con una importante influencia del marxismo y del psicoanálisis, aludió a procesos “políticamente manipu-

<sup>7</sup> Agradecemos a Gastón Caligaris y Guido Starosta, a quienes debemos estos ejemplos, por sus aportaciones, en diferentes conversaciones, en relación a esta materia.

<sup>8</sup> “Desde el punto de vista social, la clase obrera también cuando está fuera del proceso laboral directo, es un accesorio del capital [...] incluso su consumo individual, no es [...] más que un factor del proceso de reproducción del capital” (Marx, 2017: 662).

<sup>9</sup> La cuantía de la remuneración debe analizarse teniendo presente no solo los elementos clásicamente contemplados en el valor de la fuerza de trabajo tales como el límite mínimo fisiológico, reposición de la propia fuerza de trabajo, la experiencia o la formación (véase v. gr. Rosal 2010). También deben tenerse presente aquellas determinaciones, entre las que se encuentra la propia representación del capital ante la plantilla y hasta ante otros capitales, que brotan de las necesidades de la producción de plusvalía relativa (Hirsch, 2020). La clase trabajadora acaba usurpando también buena parte de la capacidad de consumo –suntuario incluido– de la clase capitalista.

lados” (Marcuse, 1971: 80) o “burocráticamente dirigidos” (Lefebvre, 1984: 78-79) para explicar, a través de las transformaciones en el modo de vida, la pasividad política reinante. Estos son los abanderados de lo que Boltanski y Chiapello (2002) llamaron la “crítica artística”, una crítica especialmente atractiva en aquellos años al poner el foco en los problemas vinculados a la alienación, más que en los relativos a las desigualdades económicas. Otra parte de los teóricos, más estrictamente sociológica y que nos resulta de mayor interés, siguió a Veblen (2008) en su análisis del uso del tiempo recreo como forma de emulación o diferenciación. Quién más lejos llegó en este camino sería Bourdieu (1979), en su trabajo precisamente titulado *La distinción*: el gusto, nada menos, se demostró directamente vinculado a factores como el nivel de estudios o la renta.

Si bien el avance general de la capacidad de consumo dio en gran medida al traste con la antigua división entre alta y baja cultura (Jameson, 2008), no se dirigió hacia la homogeneización. Unos y otros miembros de la clase obrera escucharán diferente música, disfrutarán con diferentes platos y se deleitarán con diferentes tipos de películas. Esta disparidad de preferencias, entre quienes controlan su propio proceso productivo o el del obrero colectivo y quienes no, juega en detrimento de aquellos lazos de solidaridad que, insistimos, llegado el momento podrían comprometer a los primeros la consumación de sus tareas específicas como vendedores de su fuerza de trabajo. La producción de una amplísima gama de productos, algunos más mundanales, otros más sofisticados y exclusivos que permiten a estos individuos verse y ser vistos como alguien selecto, tiene un sentido específico a la hora de esculpir en la conciencia de ciertos individuos la idea de que forman parte de un colectivo cualitativamente diferente a quienes consumen productos de una gama distinta. Esta evolución, que es nítida ya en los momentos a los que nos hemos referido hasta ahora, en los que la diferenciación entre la fuerza de trabajo se daba en un proceso de desarrollo general de las aptitudes productivas, se vuelve mucho más clara cuando este último elemento desaparece y lo que se agudiza es la diferenciación absoluta. En aquel entonces, Hyman (1991: 112) veía que la conciencia clasista podría asistir aún a un nuevo despertar sustentada en dos tendencias: la del “papel cada vez mayor del Estado en los asuntos económicos” y la de la “creciente inseguridad en el empleo”; no pasaría mucho hasta que ambas se escindirían, y al declive de la primera le acompañase la exacerbación de la segunda.

## **4. Las razones de la conciencia neoliberal**

### **4.1. El cambio en las condiciones de acumulación y su forma política: la “revolución neoliberal”**

A mediados de la década de 1970, crisis mediante, comenzaba a vislumbrarse una reorganización del capital social mundial. Un crecimiento sostenido, aunque ya no explosivo, de la tasa de asalarización, situada sobre el 80%, contrasta con una más contundente caída en desgracia de los lazos de solidaridad –baja la densidad sindical a la par que se restringe la universalidad del conflicto laboral– y el incremento de la incertidumbre laboral (Castel, 1997; Guerrero, 2006; Piqueras, 2014; Rodríguez Rojo, 2021). La pequeña empresa, que décadas atrás podía parecer condenada al fracaso, resurgía, y la grande, como decía Castillo (1995) al presenciar este



ya más que incipiente proceso en España, se “pequeñizaba”. Este giro se plasmó de forma palmaria en la esfera política, con la llegada al poder de varios gobiernos de diferente índole decididos a cambiar el estado de cosas, siendo la dictadura de Pinochet y las administraciones de Reagan y Thatcher, si se quiere, los más arquetípicos. El premio que en 1974 otorgó el Banco de Suecia a Hayek, cuya perspectiva había sido marginal años atrás, supuso un anuncio del clima intelectual y político venidero. Fue entonces cuando se comenzó a aplicar severamente una “teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales”, una que trascendió con el nombre de “neoliberalismo” (Harvey, 2007: 6). No solo se contuvo, incluso retrocedió la condición de ciudadanía, revirtiéndose, junto con el intervencionismo de inspiración keynesiana, muchos de los derechos sociales conquistados. A este golpe de timón de la política económica subyacían las transformaciones que acaecían en el interior del obrero colectivo.

Se convirtió cada vez más en un imperativo, dado el despliegue técnico y un crecimiento de la escala de acumulación que desbordaba las fronteras nacionales, la acentuación de la fragmentación ya mencionada entre unas y otras aptitudes productivas. Hasta este momento la tendencia del capital social era la de “producir de manera conjunta y relativamente indiferenciada los dos tipos de fuerza de trabajo. Ahora, la brecha entre ellas se ha hecho lo suficientemente significativa como para que le resulte conveniente orientar [...] su gasto en producirlas de acuerdo con los atributos específicos que requiere de cada una de ellas” (Iñigo Carrera, 2000: 14; 2013). Se va requiriendo un cuerpo de obreros extraordinariamente cualificados, mientras que contingentes enteros de los mismos comenzaban a quedar relegados a tareas sencillas, casi mecánicas, cuando no a resultar parte de una creciente población obrera sobrante en muchos casos consolidada. En ese punto, dejó de ser eficiente la provisión indistinta de servicios: las sucesivas olas de privatizaciones tienen por contenido el de imponer a cada miembro de la sociedad costearse la reproducción de sus propios atributos productivos. En efecto, es una respuesta coherente a una creciente polarización que tiene lugar ya como dinámica nítidamente global, que traspasa las fronteras nacionales dejando si cabe más al descubierto el contenido global de la producción capitalista.

Las transformaciones en el mercado laboral que la “nueva división internacional del trabajo” deparó para los países occidentales han dado lugar a incontables planteamientos. Por un lado, se hacía necesario afrontar el reto de registrar un sustancial incremento de la inestabilidad e inseguridad laboral. Esta mutación, que venía a sumarse al debilitamiento del “Estado del bienestar” y de la “clase media”, fue la que rápidamente empezó a describirse ya en los albores de siglo, como un incremento de la precariedad en el trabajo (cf. Díaz-Salazar, 2003) —este giro para algunos, aunque no para el marxismo (Lacalle 2006; Braga 2015; Aja y Sánchez 2018), supuso el surgimiento de una nueva clase social: el “precariado” (Standing 2011)—. Pero sobre todo se hizo necesario dar cuenta de una serie de irrupciones vinculadas a la gestión de la información. “Informacional” o “red”, de hecho, serían calificativos popularizados para la nueva forma social que emergía (Castells, 2005). Tanto fue así que, pese a la patente agonía de la teoría de clases, las mayores contribuciones en ese campo pondrían en el centro la capacidad de controlar este recurso. Buscando designar los trabajadores precarios de las empresas tecnológicas, y reproduciendo la tendencia de recortar la noción de clase obrera, se habló de: “proletariado virtual”

(Dyer-Witheford, 1999), “neoproletariado postindustrial” (Gorz, 1980), “infoproletariado” (Antunes y Braga, 2009), “cybertariado” (Huws, 2014), o “cognitariado” (Boutang, 2004; Berardi, 2015); incluso de “multitud” buscando enfatizar su heterogeneidad y capacidad de acción (Hardt y Negri, 2001). Pero no todos estos nuevos asalariados se encontraban en situaciones vulnerables, algunos incluso gozaban de un impresionante tren de vida, y para constatarlo se acuñaron nociones como la de “clase vectorialista” (Wark, 2019), “clase virtual” (Kroker y Weinstein, 1994) o “clase creativa” (Florida, 2002).

Estos nuevos operarios trajeron consigo la necesidad de una muy particular reproducción de la fuerza de trabajo, lo que les llevaba a distinguirse, de nuevo, en términos *bourdieuanos*, algo que debía pasar por alteraciones en la esfera del consumo. El homogeneizante régimen de producción fordista fue en gran medida suplantado por las virtudes del toyotismo, más capaz, entre otras cosas, de adaptarse a una demanda mucho más especializada (ver Murray, 1983; Coriat, 1992; Antunes, 2000). Se asiste a una reconfiguración de la dinámica de consumo: mientras unos trabajadores debían aferrarse a la comida rápida y a un ocio en que los estupefacientes juegan un papel central, otros deben costearse servicios de *coaching*, nutricionales, de entrenamiento y, por supuesto, psicológicos. La capacidad de diferenciación del consumo, que permanecía acotada ante una expansión general en la economía de la “edad de oro”, se desboca ante la irrestricta fragmentación del obrero colectivo. No es casualidad que tanto muchas de las últimas contribuciones a la teoría sociológica del siglo XX, como de las primeras del siglo XXI, fueran destinadas a proclamar el fin de la era del trabajo y la llegada de la era del consumo. De la “ética” del primero, afirmó Bauman (2000), se transitó a la “estética” del segundo. La “sociedad del consumo”, que se había anunciado allá por la década de 1970 (Baudrillard, 2007), había dado paso al “hiperconsumo” de (Lipovetsky, 2007). Se asentó lo que, recogiendo la terminología de la crítica de la economía política, se llamó la “subsunción real del consumo al capital” (Veraza, 2008). Lo que quedó patente fue la contribución de estos cambios a la transformación de la conciencia en un sentido muy determinado<sup>10</sup>.

## 4.2. La transformación de la conciencia obrera bajo las nuevas condiciones de acumulación

Todo este proceso vino acompañado de una genuina transformación de la conciencia de la clase trabajadora. Las identidades gremiales y comunitarias, también familiares, que habían logrado sobrevivir la sociedad de posguerra se resquebrajaban ante el mandato de flexibilización como constató, en un trabajo pionero en ese sentido, Sennett (2000) y que corroboraría Bauman (2004) hablando de “modernidad líquida”. Los lazos de solidaridad nacidos de relaciones en la producción, ya cercados, parecían no tener cabida en el “nuevo capitalismo”. En un contexto en el que se degradaba incluso la extendida apariencia de la formación de la “clase media”, el modo en que cada individuo, obreros incluidos, producía su conciencia tomaba la forma que Marx (1980: 378) veía en el campesino o el artesano independiente, sobre quien dijera que “se desdobra en dos personas. En cuanto poseedor de medios de produc-

---

<sup>10</sup> En el ámbito nacional podemos encontrar elaboraciones también muy pertinentes en torno a las transformaciones que han tenido lugar en la clase trabajadora en relación a las transformaciones de las pautas de consumo. Véase Ibáñez (1986) o Alonso (2005).

ción, es capitalista y, en cuanto trabajador, su propio asalariado”; la diferencia radicaba, obviamente, en que la inmensa mayoría de estos individuos carecen de cualquier medio de producción. Los desposeídos reproducen, a su manera, un desdoblamiento propio de sectores de la pequeña burguesía. Cada cual deviene su propia marca personal que vender (Alonso y Fernández, 2020). Hacia este tipo de conciencia apuntaba ya la teoría del “capital humano” (Becker, 1983). Becker, otro galardonado por el Banco de Suecia, dispuso un marco teórico que hacía de cada vendedor de su fuerza de trabajo un inversor de su propio capital (Bowles y Gintis, 1983)<sup>11</sup>. Uno de los más agudos y suspicaces lectores de esta teoría inspiró toda una corriente de críticos del neoliberalismo: hablamos de Michel Foucault.

Su influencia se hizo notar especialmente en lo que se refiere al modo en el que se conforma la propia individualidad: Foucault (2008) postuló que era crucial comprender la forma en la que se opera sobre los cuerpos, el cómo se inscriben en ellos las dinámicas sociales, proceso al que nombró a través de las “tecnologías del yo”. Este tipo de técnicas, aunque no nazcan con la modernidad, es con ella cuando adquieren un mayor vigor a través de su “biopolítica”. Nos encontramos asediados por todo un arsenal de aparatos coactivos que moldean el soporte por excelencia con el que nos relacionamos con nuestro entorno. En ese entramado, proliferaría por doquier la “forma empresa” (Foucault, 2007: 186). No solo nuestro entorno, también nosotros mismos estaríamos atados por dictámenes empresariales. En esas coordenadas, el término “neoliberalismo” se dotaría de un significado muy específico. En la prosa de sus seguidores: no es un “conjunto de políticas estatales, una fase del capitalismo o una ideología”, más bien sería un “orden de razón normativa que, cuando está en auge, toma la forma de una racionalidad rectora que extiende una formulación específica de valores, prácticas y mediaciones de la economía a cada dimensión de la vida humana”, escribe Brown (2016: 24-25); o “antes que una ideología o una política económica es, de entrada y ante todo, una racionalidad; y [...], en consecuencia, tiende a estructurar y a organizar, no sólo la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados”, dirán Laval y Dardot (2013: 15).

Estos autores certifican con contundencia el colapso de las relaciones de solidaridad clasista. Brown (2016: 47) nota que “cuando todo es capital, la fuerza laboral desaparece como categoría, de igual modo que desaparece su forma colectiva, la clase, y, al desaparecer, se lleva consigo la base analítica para la enajenación, la explotación y la asociación de trabajadores”. En la misma línea, Laval y Dardot (2013: 340) afirman que “ha llegado el momento de sustituir el contrato salarial por una relación contractual entre ‘empresas de sí’”. Aunque sin duda es Han (2015: 17) quien más lejos llega cuando asevera que es el “neoliberalismo, y no la revolución comunista, [el que] elimina a la clase trabajadora sometida a la explotación ajena. Hoy cada uno es un trabajador que se explota a sí mismo en su propia empresa”. Todos ellos constatan el surgimiento de un nuevo sujeto neoliberal que, por supuesto, carecería de cualquier carácter clasista, al que llaman, respectivamente, “*homo oeconomicus*”, “hombre-empresa” o, más simple y directamente, “empresario”.

---

<sup>11</sup> Un esquema de pensamiento idóneo, por otra parte, para las nuevas relaciones laborales de lo que se ha venido a llamar “economía de plataformas”, en la que los participantes frecuentemente son tomados legalmente de forma individual como eso, dueños de capital. Un ejemplo sintomático de cómo la empresa se sacude los gastos derivados de su contratación aprovechando la presión ejercida por el crecimiento del ejército industrial de reserva.

Esta corriente, sin embargo, queda atrapada en la apariencia que tan detallada y sugerentemente describe. No se enfrentan al carácter plenamente clasista de la determinación de esta conciencia neoliberal. Evidencian que el individuo se tiene por una suerte de marca comercial, pero no lo hacen como una necesidad propia de una sociedad cada vez más compuesta por miembros de la clase obrera. Su afán por marcar distancias con la tradición marxista –por dejar en evidencia que “los sujetos ya no se pueden presuponer” (Brown, 2016: 150) o que “el sujeto siempre está por construir” (Laval y Dardot, 2013: 405)– les lleva a pasar por alto el que, si “no se forma ningún nosotros político con capacidad para una acción común” (Han, 2015: 15), es precisamente por determinaciones que involucran como tal al colectivo de vendedores de su fuerza de trabajo. Desde la elaboración hasta la interiorización de este relato neoliberal, aquel que encuentra hoy su quintaesencia en la imagen del “emprendedor” (Serrano y Fernández, 2018), está a cargo de trabajadores asalariados. Pensemos en el *manager*, cuya imagen de planificador postcapitalista se marchó tan pronto como había llegado. En su lugar dejó la silueta del gestor empresarial profesional capaz de dar respuesta y hasta metabolizar en su discurso las críticas vertidas: la búsqueda de la autenticidad que había empleado la “crítica artística” para desvirtuar la producción capitalista fue convertida en una idea al servicio de la mercadotecnia (Boltanski y Chiapello, 2002). La narrativa neoliberal que opera sobre el conjunto de la clase trabajadora, impregnando una gran parte de ella, es producida directamente por, pero sobre todo a semejanza de, miembros de dicha clase que como tales deben verse incapacitados para reconocerse en tal condición. Una porción del proletariado tiene a su cargo la elaboración “ideológica” que represente al operario como agente económico pleno, como un componente autónomo del metabolismo social, en definitiva, como su propia empresa.

## 5. Conclusiones: la “subjetividad neoliberal” como conciencia de clase

Usualmente se ha referido el término conciencia de clase a un constructo ideal sustentado tan solo en una parte –la que los autores consideraban más progresista– de las determinaciones que involucra la condición de miembro de una clase social. De esta forma parecía que la propia clase incide sobre la conciencia únicamente cuando orienta la acción en un sentido determinado: el que apunta al conflicto revolucionario. Este esquema se descubre reduccionista desde el momento en que nos percatamos de que el capital participa de forma decisiva en la conformación de la conciencia del individuo desde sus primeras determinaciones como sujeto libre. La condición de miembro de una clase social en general, y de la clase obrera en particular, resulta un elemento central tanto para la formación de una ideología como de la contraria, plasmándose, ora en una dirección, ora en la opuesta. En este artículo hemos tratado de desplegar sucintamente un desarrollo que apunta a que, incluso cuando un integrante de una clase reniega de tal identidad para abrazar la opuesta, cuando un obrero se tiene a sí mismo por empresario, lo hace condicionado por los atributos que tiene como agente clasista; y no por la injerencia de mecanismos externos destinados a pervertir o corromper una presunta conciencia inherente.

Ya en los “años dorados” del modo de producción capitalista, con el crecimiento de la clase obrera y el incremento de sus atribuciones, empezaron a aparecer en su interior figuras que, si aspiraban a desempeñar correctamente sus labores en el inte-

rior del obrero colectivo, debían deshacerse de los vínculos de solidaridad clasista. Esta necesidad del capital resultó atendida, entre otros factores, gracias al incremento de la capacidad de consumo. El modo de vida de capataces, técnicos y otros puestos con capacidad de controlar su propio proceso de trabajo o el de sus semejantes reflejó la diferenciación que resultaba en muchos casos imprescindible para el desempeño de sus tareas. Sin embargo, las relaciones de solidaridad no terminaron de descomponerse. Aún en esta etapa la competencia entre vendedores de fuerza de trabajo tomaba la forma de una acción colectiva sindical, incluso política, con una potencia destacable plasmada en las organizaciones de masas, cuya acción contribuyó a dilatar el ámbito de actuación del Estado intervencionista. No fue hasta años después, cuando se revirtió la tendencia hacia un despliegue indiferenciado de los atributos productivos de la clase trabajadora, que se pudo atisbar el calado que podía alcanzar esta fragmentación.

Tras la “revolución neoliberal” que tuvo lugar en el último cuarto del siglo pasado, pero cuyas consecuencias nos acompañan hasta la fecha, veía la luz aquello que, desde las coordinadas *foucaultianas*, ha venido a denominarse una nueva “subjetividad”. Esta se construyó en torno a las transformaciones que experimentaba la acumulación capitalista. De la producción relativamente indiferenciada de vendedores de fuerza de trabajo se pasó a su rotunda diferenciación (véase Iñigo Carrera, 2000; 2013). El recorte de derechos que acompañó a la retirada del Estado de la vida económica reorientó el despliegue de la condición de ciudadanía hacia sus orígenes liberales, “negativos”. La génesis y extensión de los nuevos tipos de conciencia productiva se inscribe, entonces, en un movimiento más amplio del capital hacia la separación de la fuerza de trabajo en segmentos absolutamente diferenciados. Esta dinámica pone de relieve una tendencia hacia el agudo debilitamiento de los vínculos de solidaridad. Aunque estos ya venían languideciendo, se acentúa enormemente con el giro de guion que impuso la llegada del neoliberalismo. Es al amparo de estas nuevas condiciones que la clase trabajadora se ve condicionada, a través de los procesos que inciden en la producción de su propia conciencia, entre los que nuevamente cabe destacar el consumo, para renegar de sí misma y reconocerse, cada individuo, como un agente aislado frente al metabolismo social, como un propietario de su capital, un empresario de sí mismo.

## 6. Bibliografía citada

- Aja, J. y Sánchez, E. (2018). “El análisis de clase marxista en la era de la precariedad y la flexibilidad”. *Cuadernos de relaciones laborales* 30 (1): 145-65. DOI: <https://doi.org/10.5209/crla.6887>
- Alonso, L. (2005). *La era del consumo*. Madrid: Siglo XXI.
- Alonso, L. y Fernández C. (2020). “Capitalismo y personalidad: consideraciones sobre los discursos empresariales de la rentabilización del yo a través de la marca personal”, *Política y Sociedad*, 57 (2): 521-541. DOI: <http://dx.doi.org/10.5209/poso.65926>
- Antunes, R. (2000). *Os sentidos do trabalho. Ensaio sobre a afirmação e negação do trabalho*. São Paulo: Boitempo.
- Antunes, R. y Braga, R. (eds.) (2009). *Infoproletários: degradação real do trabalho virtual*. São Paulo: Boitempo.
- Althusser, L. (2014). *La filosofía como arma de revolución*. Barcelona: Siglo XXI, Anthropos.

- Anderson, P. (2012). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid: Siglo XXI.
- Baran, P. A., y Sweezy P. (1972). *El capital monopolista*. México DF: Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (2007). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Becker, G. (1983). *El capital humano*. Madrid: Alianza.
- Bell, D. (1976). *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza.
- Berardi, F. (2015). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Bloch, E. (2004). *El principio de esperanza*. Madrid: Trotta.
- Boltanski, L, y Chiapello, È. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bottomore, T. B. (1976). *La sociología marxista*. Madrid: Alianza.
- Bourdieu, Pierre. 1979. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Boutang, Y. M. (2004). “Riqueza, propiedad, libertad y renta en el capitalismo cognitivo”. En *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva* (pp. 107-28). Madrid: Traficantes de sueños.
- Bowles, S. y Gintis, H. 1983. “El problema de la teoría del capital humano; una crítica marxista”. En L. Toharia (ed.), *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones* (pp. 115-28). Madrid: Alianza.
- Braga, R. (2015). “Democracia, trabalho e socialismo”. En J. Netto (ed.) *Curso livre Marx-Engels. A criação destruidora* (pp. 163-83). São Paulo: Boitempo.
- Braverman, H. (1974). *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpasso.
- Burnham, J. (1967). *La revolución de los directores*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Carchedi, G. (1977). *On the economic identification of social classes*. Boston: Routledge, Kegan Paul.
- Castillo, J. J. (1995). “Reestructuración productiva y organización del trabajo”. En F. Miguélez y C. Prieto (eds.), *Las relaciones laborales en España* (pp. 23-42). Madrid: Siglo XXI.
- Castells, M. (2005). *La era de la información: la sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Cerese, F. P. y Calvosa, M. F. (1980). *La nueva pequeña burguesía*. México DF: Nueva Imagen.
- Cheprakov, V. (1966). *El capitalismo monopolista de Estado*. Moscú: Progreso.
- Coriat, B. (1992). *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*. Madrid: Siglo XXI.
- Díaz-Salazar, R. (ed.) (1979). *Trabajadores precarios. El proletariado del siglo XXI*. Madrid: Ediciones HOAC.
- Dahrendorf, R. (1979). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Rialp.
- Djilas, M. (1957). *La nueva clase. Un análisis del régimen comunista*. Barcelona: EDHASA.
- Domènech, A. (2004). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Barcelona: Crítica.

- Duménil, G. y Lévy D. (2000). “Capital financiero y neoliberalismo: un análisis de clase”. En D. Guerrero (ed.), *Macroeconomía y crisis mundial* (pp. 67-92). Madrid: Trotta.
- Dyer-Witheford, N. (1999). *Cyber-Marx. Cycles and Circuits of Struggle in High-Technology Capitalism*. Urbana: University of Illinois Press.
- Eagleton, T. (2011). *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona: Península.
- Ehrenreich, B. y Ehrenreich, J. (1979). “The Professional-Managerial Class”. En *Between Capital and Labour* (pp. 5-45). Boston: South End Press.
- Emmanuel, A. (1971). “O proletariado das nações privilegiadas participa na exploração do ‘tercerio mundo’”. En *Um proletariado explorador?* (pp. 15-20) Lisboa: Iniciativas editoriais.
- Florida, R. (2002). *The Rise of the Creative Class*. Nueva York: Basic Books.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el collège de France (1978-1979)*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Buenos Aires: Paidós.
- Galbraith, J. (1967). *El nuevo estado industrial*. Barcelona: Ariel.
- Goldthorpe, J. (1992). “Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro”. *Zona abierta* 59-60: 229-63.
- Gorz, A. (1980). *Farewell to the Working Class. An Essay on Post-Industrial Socialism*. Londres: Pluto.
- Gouldner, A. W. (1980). *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*. Madrid: Alianza.
- Guerrero, D. (2006). *La explotación. Trabajo y capital en España (1954-2001)*. Madrid: El viejo topo.
- Han, B. (2015). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder.
- Hardt, M. y Negri, A. (2001). *Empire*. Cambridge: Harvard University Press.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hirsch, D. y Río, V. (2015). “Teorías de la reproducción y teorías de la resistencia: una revisión del debate pedagógico desde la perspectiva materialista”. *Foro de educación* 3 (18): 69-91. DOI: <https://doi.org/10.14516/fde.2015.013.018.004>
- Hirsch, M. (2020). “Determinación y tendencia del valor de la fuerza de trabajo en la crítica de la economía política”. *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales* 7 (6): 32-49.
- Huws, U. (2014). *Labour in the Global Digital Economy*. New York: Monthly Review Press.
- Hyman, R. (1991) “Estructura profesional, organización colectiva y militancia laboral”. En C. Crouch y A. Pizzorno (eds.), *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa occidental a partir de 1968*. Vol. 2 (pp. 69-115). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Ibáñez, J. (1986). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Iñigo Carrera, J. (2000). “Estado intervencionista y estado neoliberal: dos formas concretas de la misma especificidad del proceso argentino de acumulación de capital” en *XVII Jornadas de Historia Económica. Asociación Argentina de Historia Económica*, San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Iñigo Carrera, J. (2007). *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El capital*. Vol. 1. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Iñigo Carrera, J. (2013). *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Imago Mundi.

- Jameson, F. (2008). "Posmodernismo y sociedad de consumo". En H. Foster (ed.), *La posmodernidad* (pp. 165-86). Barcelona: Kairós.
- Kroker, A. y Weinstein, M. (1994). *Data Trash. The Theory of the Virtual Class*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Lacalle, D. (1976). *Técnicos, científicos y clases sociales*. Barcelona: Labor.
- Lacalle, D. (2006). *La clase obrera en España. Continuidades, transformaciones, cambios*. Madrid: El viejo topo.
- Lanfant, M. (1978). *Sociología del ocio*. Barcelona: Península.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Lefebvre, H. (1984). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.
- Lenin, V. I. (1961). "El imperialismo. Fase superior del capitalismo". En *Obras escogidas*. Vol. 1 (pp. 689-798). Moscú: Progreso.
- Lenski, G. E. (1969). *Poder y Privilegio. Teoría de la estratificación social*. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- Lojkin, J. (1988). *La clase obrera, hoy*. Madrid: Siglo XXI.
- Lukács, G. (1985). *Historia y conciencia de clase*. Vol. 1. Barcelona: Orbis.
- Mallet, S. (1968) *El socialismo y la sociedad industrial*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marcuse, H. (1971). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Seix Barral.
- Marx, K. (1970). *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Alberto Corazón.
- Marx, K. (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Vol. 1. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. (1973). *Miseria de la filosofía*. Madrid: Aguilar.
- Marx, K. (1980). *Teorías de la plusvalía*. Vol. 1. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (2001). "Carta al director de Otiechéstvennie Zapiski" (en línea) <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m1877.htm> [consulta 3 de febrero de 2021].
- Marx, K. (2015). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza.
- Marx, K. (2017). *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (1976). *El sindicalismo. Teoría, organización, actividad*. Vol. 1. Barcelona: Laia.
- Marx, K. y Engels, F. (1983). *Cartas sobre El capital*. La Habana: Editorial Política.
- Marx, K. y Engels, F. (2014). *La ideología alemana*. Madrid: Akal.
- Mintzberg, H. (1990). *Diseño de organizaciones eficientes*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Murray, F. (1983). "The Decentralisation of Production-The Decline of Mass-Collective Worker?" *Capital & Class* 19: 74-99
- Parkin, F. (1984). *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*. Madrid: Espasa.
- Piqueras, A. (2014). *La opción reformista: entre el despotismo y la revolución. Una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase*. Barcelona: Anthropos.
- Post, C. (2013). "Explorando la conciencia de la clase trabajadora: una crítica de la teoría de la aristocracia obrera". *Razón y revolución* 26: 65-106.
- Poulantzas, N. (2005). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. Madrid: Siglo XXI.
- Przeworski, A. (1986). *Capitalism and Social Democracy*. París: Cambridge University Press.
- Rodríguez Rojo, J. (2019). *La revolución en El capital. Significados y potencial de la lucha de clases*. Madrid: Garaje.



- Rodríguez Rojo, J. (2021). *Las tareas pendientes de la clase trabajadora. Género, ciudadanía y socialismo*. Barcelona: El viejo topo.
- Rodríguez Rojo, J. (2022) *Clase, ciudadanía y acción política. Una retrospectiva sobre los debates en torno a la categoría de clase social desde la crítica de la economía política*. Rodríguez Prieto, R. y Martínez Cabezano, F. (dirs.), Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.
- Rosal, M. (2010). “La teoría del salario en Marx”. Pp. 31-72 en *Otra teoría económica es posible*. Madrid: Editorial Popular.
- Schaff, A. (1973). “Consciência de uma classe e consciência de classe”. Pp. 6-28 en *Sobre o conselho de consciência de classe*. Porto: Escorpião.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Serrano, M. M. (1982). *Los profesionales en la sociedad capitalista*. Madrid: Taurus.
- Serrano, A. y Fernández, C. (2018) “De la metáfora del mercado a la sinécdoque del emprendedor: la reconfiguración política del modelo referencial de trabajador”. *Cuadernos de Relaciones Laborales* 36 (2): 207-224.
- Standing, G. (2011). *The Precariat: The New Dangerous Class*. Londres: Bloomsbury.
- Starosta, G. (2015). *Marx's Capital. Method and Revolutionary Subjectivity*. Chicago: Haymarket.
- Starosta, G. y Caligaris, G. (2017). *Trabajo, valor y capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Starosta, G. y Fitzsimons, A. (2018). “Rethinking the Determination of the Value of Labor Power”. *Review of Radical Political Economics* 50 (1): 99-115. DOI: <https://doi.org/10.1177/0486613416670968>
- Thompson, E. P. (2015). *La formación de una clase dominante y otros textos*. Libros del Marrón.
- Touraine, A. (1971). *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel.
- Veblen, T.(2008). *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza.
- Veraza, J. (2008). *Subsunción real del consumo al capital. Dominación fisiológica y psicológica en la sociedad contemporánea*. México DF: Ítaca.
- Wark, M. (2019). *Capital is Dead*. Londres: Verso.
- Weber, H. (1975). *Marxismo y conciencia de clase*. Barcelona: Madragora.
- Wright, E. O. (1983). *Clase, crisis y Estado*. Madrid: Siglo XXI.
- Wright Mills, C. (1972). “La clase media en las ciudades medianas”. En S. Lipset y R. Bendix (eds.), *Clase, status y poder*. Vol. 2 (pp. 203-38). Madrid: Euramerica.